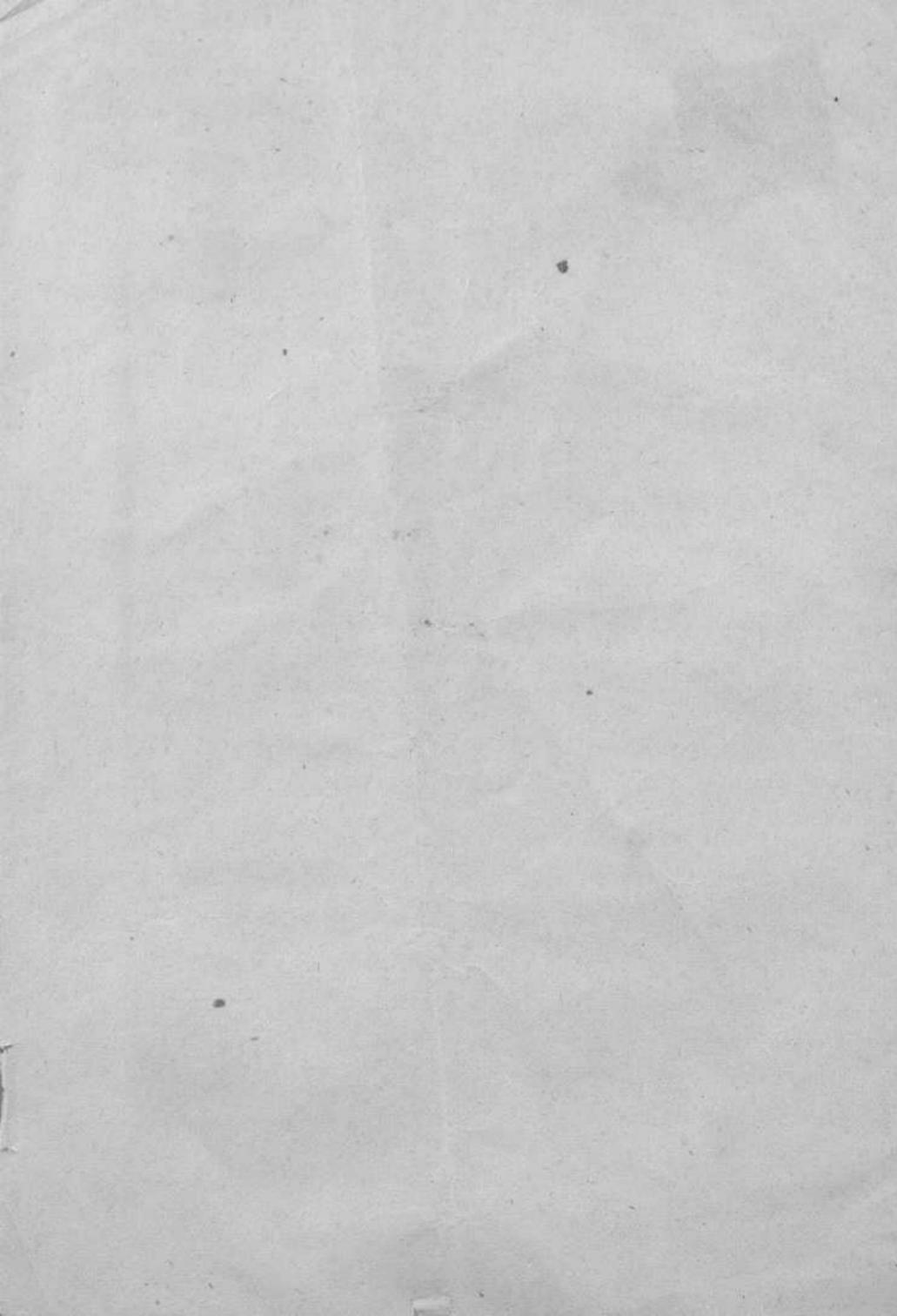


22.



REVISTA

DE LA

COMUNIDAD DE LA SIERRA DEL MALAGRANO ESPAÑA

JOSE ROY PEPETE



1880

COMUNIDAD DE LA SIERRA DEL MALAGRANO ESPAÑA

1880



d

PEPETE

RETRATO Y NOTICIAS

ACERCA DE LA MUERTE DEL MALOGRADO ESPADA,

JOSÉ RODRIGUEZ (a) PEPETE,

CON OTRAS COSAS DIGNAS DE LEERSE.

apuntes escritos á la ligera,

POR UN DESCONOCIDO.



MADRID:

—
IMPRESA DE J. VIÑAS, PIZARRO 3.
1862.

+

JOSE RODRIGUEZ (s) PEPETE

RETRATO Y FIRMAS

AGENCIA DE LA FUERZA DEL MALOCORRAL ESPADA

JOSE RODRIGUEZ (s) PEPETE

CON GRANES COPIAS DE LAS DE LA FUERZA

RETRATO Y FIRMAS

POR EL DESCUBRIDOR



MADRID:

IMPRESA DE L. VILA, CALLE DE ALBAZCIBARRA, 2

1883

Es la tarde del 20 de abril de 1862.

La puerta del Sol hállase cubierta de *omnibus* tirados por caballos y gallardas mulas, vistosamente enjaezadas; la tradicional calesa, lo mismo que el destartelado vehículo ó las berlinas de *plaza*, se encuentran á disposicion de los transeuntes, que bien pronto las ocupan, para ser trasladados á la plaza de toros, donde se inaugura la presente temporada. Hacinados ó empaquetados en los carruajes, mas que colocados como Dios manda, ó el instinto de conservacion aconseja, véanse mozos y mozas que cantan, rien, charlan y se regocijan del contento que ha de proporcionarles un espectáculo, cuya mayor diversion, consiste en la mayor cantidad de sangre que se derrama. A ambos lados de la carrera, por donde envueltos en remolinos

de polvo, ruedan y se deslizan rápidamente los coches, entre el galope de los caballos, el ladrido de los perros, la voz de los zagales, el chasquido de los látigos y el ruido de las campanillas, distingúense dos interminables hileras de gente.

Mas de una vez me he detenido á considerar su marcha, y aquella animacion, aquella alegría, aquel regocijo que dilata sus semblantes; ¡ha arrancado una lágrima de mis ojos!! No sé por qué he creido encontrar una increíble semejanza, entre el pueblo que camina á los toros, y el pueblo que se agrupa en torno de un cadalso, á presenciar los fallos de la justicia humana.

¡Es increíble, que pueblo tan ilustrado y de tan nobles sentimientos como Madrid, halle placer en el sufrimiento ajeno; en la ejecucion del reo á quien sus crímenes, producidos acaso por el extravío de sus facultades morales, arrojan sobre el tablado en que se alza el patíbulo... pero mas extraño se me hace, que á la altura de ilustracion en que se encuentra la sociedad presente, goce en la muerte de animales indefensos, y en el continuo menosprecio que hacen de la vida, los seres que el destino ó las costumbres de una época menos culta, arrojan á luchar frente á frente y cuerpo á cuerpo con una fiera, como sucedia antiguamente en los anfiteatros romanos!!

¡Una vez colocados en la plaza, grato es mirar como se quiebran los rayos del sol al caer oblicuamente sobre un océano de cabezas y de abanicos que oscilan, brillan y se mueven; grato escuchar la armonía de las bandas militares, cuyos ecos llevados en alas del viento, se pierden en el diáfano y tranquilo horizonte; grato mirar bajo un cielo azul y resplandeciente, y en un mismo recinto, las hermosas castellanas de ojos y cabellos negros, de labios encendidos como rubíes y de faz tersa y blanca como los copos de nieve que suspende el invierno sobre las altas crestas del Guadarrama!! grato es mirar á la airoso manola con su pañuelo al talle y su mantilla de tira; y gratas, en fin, las ocurrencias, los chistes y las punzantes bromas de algunos, así como el ruido y algazara que precede al toque del clarín, cuando anuncia el principio de la fiesta.

Hechas las ceremonias de costumbre, se presenta en el redondel Cayetano Sanz, con su cuadrilla, como igualmente el espada cordobés, José Rodríguez, conocido por *Pepete*, quienes despues de hacer el saludo al Excmo. Sr. Duque de Tamames, que preside la plaza, van á ocupar sus puestos respectivos.

Colocado en uno de los lados de la plaza con la mirada fija en el toril, los brazos cruzados sobre el pecho, y el capote airosamente terciado sobre el costado izquierdo, hállase un torero como de treinta y seis á cuarenta años, alto, fornido, pero de gallarda apostura y airoso continente. Su faz morena y lijeramente abultada, sus ojos negros, no muy grandes, pero de mirada altiva y penetrante; su boca de labios delgados y comprimidos, á cuyos lados terminan las negras y rizadas patillas, que hacen mas severa y enérgica su fisonomia, su frente no muy tersa, y achicada algun tanto por los cabellos, que peinados con descuido la rodean, el riquísimo traje de color grosella recamado de oro con que se engalana, hacen que éste lidiador se lleve las miradas de la curiosa multitud, y que su nombre, harto apreciable para los apasionados de Montes y Pepe Hillo, corra de boca en boca con extraordinaria rapidez...

Há muerto el primer Toro...

Poco después de las cinco de la tarde sale el segundo bicho llamado *Tocinero*, berrendo en negro, ensabanado, botinero, cornicorto, boyante y bravo; perteneciente segun marca su divisa encarnada y negra, á la ganaderia de don Antonio Miura: apenas salta á la

arena, el lidiador que antes hemos bosquejado, dice á unos cuantos amigos «bravo animal tenemos en la plaza» y no bien hubo pronunciado estas frases, cuando el toro se dirigió hácia él, dándole una buena carrera hasta la puerta fingida que hay frente al tendido núm. 13, por encima de la cual saltó el diestro con extraordinaria agilidad, dejando un pico del capote suspendido de la barrera, y á cuyo engaño dió el toro varios derrotes instantáneos que el torero no pudo advertir, porque se puso á hablar con varios aficionados. La fiera partió entonces hácia el centro del redondel, parándose frente al tendido núm. 14, y el picador Antonio Calderon, fué á buscarle... pero bien pronto salió el bicho á su encuentro, dándole una arremetida al caballo, hasta suspenderlo en el aire y arrojarlo al suelo, como igualmente al jinete, que quedó descubierto y próximo á la muerte, á no cebarse en el jaco que espiró acto seguido. El simpático torero, que seguia distraido con los del tendido inmediato, vuelve intantáneamente la cabeza; ve espuesto á su picador y olvidándose de las reglas del arte y del peligro que le amenaza impulsado por su buen corazon, corre á librarle por el terreno de afuera, llevando enrollado el capote en el brazo izquierdo, pero el bravo animal, sale cortándole terreno y á pesar de la curva que el torero describe

para evitar este fatal encuentro le coge dándole un puntazo en la cadera derecha encunándolo en seguida. El diestro que se ve en tan inminente peligro, se agarrá al asta derecha de la fiera y lucha desesperadamente á fin de evitar lo mismo que acaso empezaba á presentir ya su corazon; pero el toro da una fuerte sacudida, se lo pasa al lado izquierdo con rapidez estrordinaria; le dá un nuevo puntazo, cerca de la tetilla izquierda y en seguida una horrible cornada por debajo de la misma, destrozándole el corazon y los pulmones y arrojándole al suelo.

Pocos momentos hacia que el público habia separado su vista del caballo y el picador tendidos en tierra, para fijarse en el infortunado lidiador, que despues de tan terrible cojida, se levanta por sí mismo, no sin algun trabajo, procurando limpiarse y ajeno quizá de que la muerte comenzaba á cernerse sobre su frente; pero instantáneamente aparta la mano de su cara. . . . la coloca sobre su corazon. . . . y con paso lento, desigual y vacilante, se dirige hácia *la puerta de Alguaciles* donde cae falto de aliento y arrojando por el costado fuertes borbotones de sangre.

El público se alarma; la consternacion crece, el espanto general se aumenta y todos apartan la vista horrorizados, al ver herido, revolcándose en su propia

sangre, sin aliento y sin esperanzas de vida, al que poco antes se había captado las simpatías de la multitud.

El moribundo es conducido á la enfermería, donde creemos, aunque no podemos asegurarlo, que se le daría la Estrema Uncion *sub conditione*, puesto que de otro modo es casi imposible la recibiera, sin embargo, de que el parte dado á la empresa por el doctor don José María Gonzalez Aginaga, pone de manifiesto, en contra de la opinion general, que el malogrado lidiador no falleció en la plaza, si no en el acto de hacerle la curacion de la herida penetrante que recibió en la region mamaria izquierda.

Pasados los primeros momentos de estupor, el público que no ha tenido tiempo de darse cuenta de la horrible desgracia que acaba de presenciar, murmura, habla y pronuncia el nombre de aquel infelizmente.

Es el del riquísimo traje de color grosella, el que se llevaba las miradas de la multitud, el honrado padre de familia, que deja en San Lucar de Barrameda tres hijos y una desconsolada esposa, objetos de su amor, y que ignoran el terrible golpe que les amenaza; es, en fin, el conocido espada José Rodri-

guez (a) Pepete, natural de Córdoba, donde pasó tranquilamente los primeros años de su vida!!

¡Cuán ajeno estaria al pisar el circo, lleno de vida, balagado por la fortuna, con la tranquilidad en el semblante, confiado en sus propias fuerzas, y soñando acaso en hacer mas y mas sólida la base de su reputacion, que aquel sol que le habia alumbrado en sus dias de prosperidad y de ilusiones, aquel sol que lanzaba sus rayos puros y trémulos sobre su frente, convidándole á disfrutar de un porvenir risueño y tranquilo, esperaba á presenciar su muerte para trepar las melancólicas montañas de Occidente!

El ha sido el segundo matador de toros, que muere en la plaza de Madrid; el primero lo fué José Delgado Hillo, el 11 de mayo de 1801.

Tal ha sido la muerte del malogrado Pepete, á quien la empresa, queriendo dar una prueba del aprecio que le profesaba, y del dolor que le ha causado tan desastroso fin, ha costeado el entierro y nicho en el camposanto de San Luis, donde á las cinco y media de la tarde del lunes, fueron conducidos sus restos desde el Hospital General, en medio de sus numerosos amigos.

«Al lado del carro mortuorio en que iba el finado amortajado con hábito negro, marchaban tres ban-

»derilleros y tres picadores de su cuadrilla, y presidia
»el duelo Cayetano Sanz, acompañado del Regatero,
»Pablito, Mendivil, Gonzalo y otros muchos diestros y
»aficionados...» Detrás seguían mas de ochenta car-
ruajes, ocupados por los más decididos admiradores
del arte de Paquiro.

He dicho antes, y no me cansaré de repetirlo, que parece imposible cómo el gobierno español, no haya buscado los medios de abolir esta clase de diversiones, que tan fatales consecuencias traen, sustituyéndolas con otras que, sin causar daño ni perjuicio á nadie, y dando pruebas de la cultura de nuestro país, produjeran los resultados que se apetecen, cuales son ayudar á los establecimientos de beneficencia.

Comprendemos que nuestras frases no agradarán al pueblo español, tan amante de esta clase de espectáculos, por ser costumbre arraigada, ya en el seno de las [civilizaciones] anteriores, y difíciles, por lo tanto, de desterrar, pero demasiado siente en su conciencia la necesidad de su prohibición, por ser bárbaro é inconveniente al desarrollo moral é intelectual de nuestro siglo.

Dád al pueblo teatros; dádle diversiones donde se deleite é instruya al propio tiempo; pero no le deis fiestas de toros donde el corazón se endurece y donde

va únicamente á gozar tanto mas, cuanto mayor sea el número de las desgracias que se sucedan.

Tal es nuestro deseo, tal es la opinion general de la prensa, para evitar asi que en adelante presenciemos lances tan desagradables y funestos como el de que nos hemos ocupado.

Y pido por San Anton

Puesto que no somos moros,

De las funciones de toros

La completa abolicion.

Porque aun siendo mi intencion

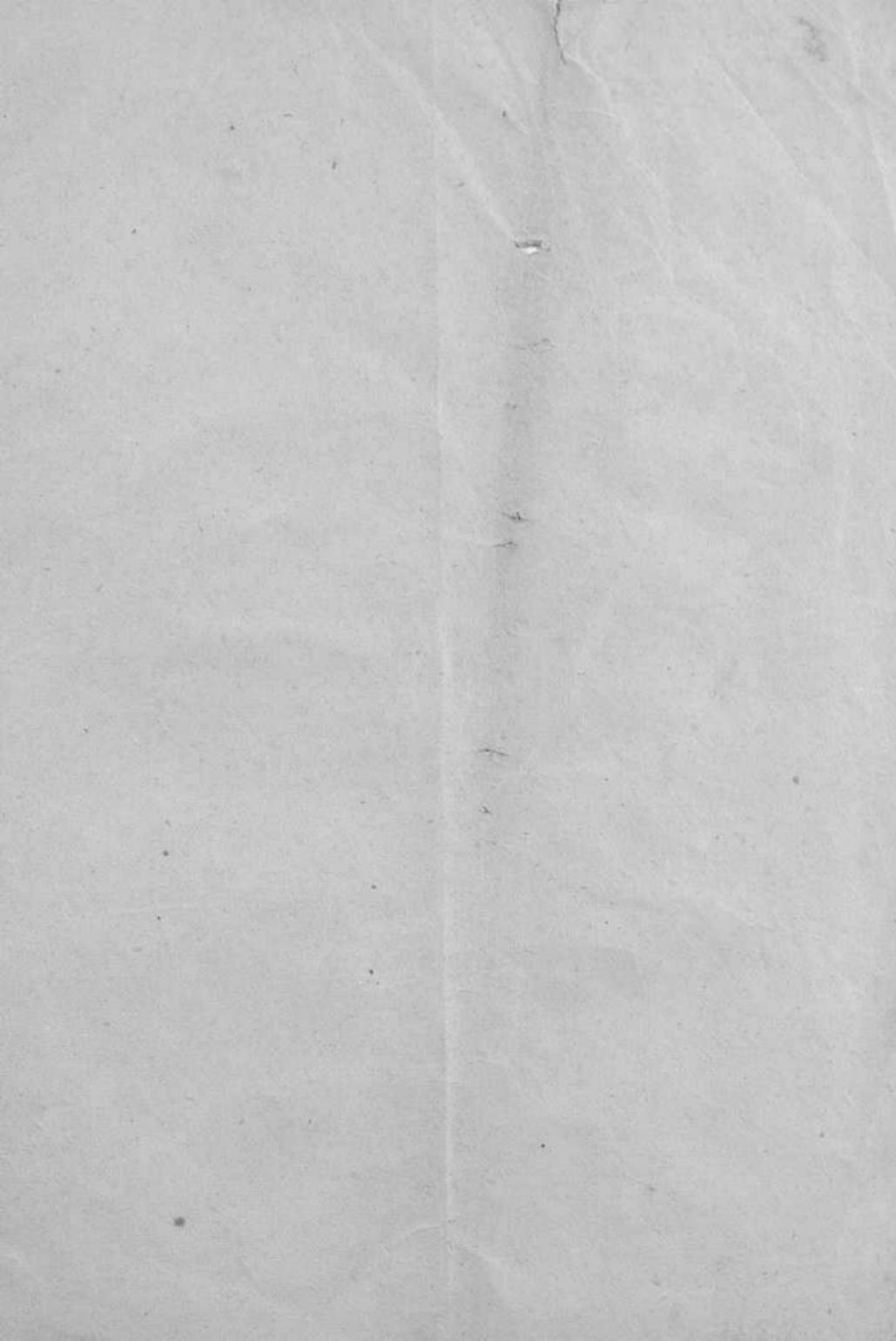
No ver cosa tan cruel,

Como yo mire un cartel,

De contenerme no hay medio,

Y, soy franco, sin remedio

Me planto en el redondel.



2. 1/2